

tiendo constantemente, por supuesto, que no deseaba sino la unión y la concordia; sus miras, que eran debilitar á Austria, favorecer á Prusia, Baviera y Wurtemberg especialmente, y tener en todo instante ocasión de intervenir en los asuntos del Imperio, triunfaron por completo, gracias al asentimiento de Rusia y á la complicidad de Prusia, y el veinticinco de Febrero del siguiente año, la Dieta debía aprobar el plan que se le propusiera, con ligerísimas modificaciones, á pesar de la resistencia de Austria, la cual, aconsejada por la experiencia, hubiese querido, como al principio manifestó, entregarse á la mediación exclusiva de Rusia.

Merced al estado de confusión de los asuntos germánicos y al aislamiento de Inglaterra, había podido Bonaparte incorporar el Piamonte á Francia sin levantar las protestas que en otras circunstancias hubieran indefectiblemente surgido, y alentado por esta indiferencia, se determinó á dar cima á sus proyectos acerca de Suiza. Hemos visto, en el capítulo precedente, la política pérfida y desleal seguida por el primer Cónsul en sus relaciones con los gobiernos de la República helvética, y de la que resultó que Dolder, sucesor de Reding, gracias á los ocultos manejos de los agentes de Francia, perdió el secreto apoyo de sus protectores no bien estuvo investido del cargo de *landamman*, lo mismo que ocurriera á sus predecesores; pero esta vez se anunció que los franceses iban al fin á evacuar el territorio helvético. Sabiendo Bonaparte que Dolder contaba con escaso partido en el país y seguro de que sobrevendrían grandes desórdenes cuando las facciones, que estaban más excitadas que nunca unas contra otras, se viesan libres de la presencia del extranjero, dió orden de retirarse al ejército ocupante, y uniendo la hipocresía á la doblez, apresuróse á notificar á Europa este rasgo de moderación. Pasó lo que Bonaparte había presumido: en cuanto los franceses transpusieron la frontera, el partido contrario expulsó de Berna á Dolder, instalando á Mullinem en su lugar. Dolder se refugió en Lausana, y Suiza, á falta de un buen gobierno, tuvo dos igualmente malos. La prueba era irrefutable: la República helvética necesitaba que un brazo extraño y poderoso la librase de la anarquía.

Tales sucesos se verificaban en el mes de Septiembre de mil ochocientos dos, en cuyo transcurso se completaba la metamorfosis del Piamonte, que se dividió en seis departamentos franceses. Mullinem corrió á París, para solicitar el apoyo de Bonaparte; pero éste previno se le participara que era inútil su presencia en aquella capital, que la mediación se imponía y que había llegado el momento de optar entre un gobierno suizo amigo de Francia y la desaparición de la República. Pocos días después, el primer Cónsul se dirigió á los suizos en un manifiesto, diciéndoles: «Es cierto que me hallaba desidido á no mezclarme en vuestros asuntos...; más no puedo permanecer insensible á los males que os abruma y vuelvo sobre mi resolución.» Ordenaba enseguida, entre otras cosas, la reunión en París de una junta ó asamblea consultiva, compuesta de delegados de la Repúbli-

ca, cuya designación hacía atendiendo á los cargos que desempeñaban ó habían ejercido, y continuaba; «¡Habitantes de Helvecia, renaced á la esperanza! Vuestra patria está al borde del precipicio; yo la salvaré..... No habrá ningún hombre sensato que no comprenda que la mediación de que me encargo es un beneficio de la Providencia..... Ya es tiempo de que veáis que si el patriotismo y la unión de vuestros abuelos fundaron esa República, el mal espíritu de las facciones la perderá intaliblemente.» Ney estaba en la frontera con treinta mil hombres, y como los suizos se mostraran rehacios, se le mandó entrar en el territorio de la confederación y arrollar todas las resistencias. Los suizos protestaron y recurrieron á las potencias, invocando el principio del equilibrio europeo y la neutralidad de la República, tantas veces garantida en los tratados; mas, según Bonaparte había previsto, Austria y Rusia, ocupadas en disputarse los pedazos del Imperio germánico, entregados á su codicia, no respiraron, y el czar Alejandro, lisonjeado en su amor propio por las deferencias de que era objeto, aunque ya empezaba á enfriarse su entusiasmo, impuso silencio á Markoff, que veía en el asunto mucho más claro que su señor. Solo Inglaterra, menos interesada en la cuestión que las potencias del Continente, envió al gobierno francés una nota, redactada en tono más firme que sus comunicaciones anteriores, aunque todavía muy moderada, recordándole que la neutralidad de Suiza, ligada íntimamente al equilibrio y la paz de Europa, había sido reconocida y garantida solemnemente el año anterior en el tratado de Luneville. En contestación á esta nota, remitió Talleyrand á Otto para que la comunicase á lord Hawkesbury, otra que, por la altanería de los conceptos y la insolencia del lenguaje, constituía un verdadero desafío. En ella, después de afirmarse que la resolución de Francia era irrevocable en lo tocante á Suiza, se discutía con gran extensión y en términos depresivos para la Gran Bretaña el pro y el contra de la guerra en relación con uno y otro país, y se estampaban estas arrogantes é imprudentísimas frases: «¿Ha de suscitar Inglaterra nueva guerra continental? ¿Y dónde va á encontrar aliados?..... Pero ocurra lo que ocurriere, si la guerra se renovara en el Continente, Inglaterra nos obligaría á conquistar á Europa. El primer Cónsul no tiene más que treinta y tres años, y no ha destruído aún sino Estados de segundo orden. ¡Ouíen sabe el tiempo que necesitaría si, violentado á hacerlo, hubiese de mudar otra vez la faz de Europa y resucitar el Imperio de Oriente!». Arrastrado por su orgullo, Bonaparte se había decidido á levantar una punta del velo que ocultaba su inmensa ambición. Fué una de las ocasiones en que la violencia de su carácter triunfó del dominio que ejercía sobre sí mismo, pues afirmaciones tan osadas equivalían á una declaración de guerra inmediata, y, como hemos advertido y luego confirmaremos, no era su ánimo pasar tan pronto á vías de hecho. Otto, que tenía buen sentido, se quedó perplejo é irresoluto al leer la nota de Talleyrand, y, comprendiendo las siniestras consecuencias que se seguirían de hacerla llegar á su destino, cargó con la responsabilidad de retenerla en su poder, limitándose á comunicarla

en extracto, que suavizó todo lo posible. A pesar de ello, el gobierno inglés vió con evidencia que sus representaciones eran desatendidas, y comenzó á prever la eventualidad del rompimiento. En su virtud, lord Hawkesbury, en su réplica, se encerró en la fórmula siguiente: «El estado de Europa al ajustarse la paz de Amiens, ese es nuestro criterio.» Bonaparte mandó responderle que no había habido cambio ninguno desde entonces; que Inglaterra, habiéndose negado á reconocer la República italiana y la helvética, carecía de derecho á ingerirse en sus asuntos; que ella misma había adquirido nuevos territorios en la India, lo que la obligaba á callar, y, por último, que no se le consentiría de ningún modo intervenir en favor de Suiza.

Los diputados de la República helvética, elegidos bajo la protección de las bayonetas francesas, llegaron á París en los primeros días del mes de Diciembre. No pudiendo el primer Cónsul tratar á Suiza como tratara á Italia en la Consulta de Lyon, se resignó á contentarse con anularla como Estado independiente. Extraño á las ideas y opiniones de los dos partidos que desgarraban con sus luchas el seno de la madre patria, le era fácil mediar imparcialmente entre ellos, como decía. Con tal que la República quedase sometida á Francia, lo demás le importaba poco. No obstante, fuera por convencimiento, fuera por aplicar la antigua máxima de «divide y vencerás», se inclinaba á los federalistas. Así es que, en una alocución que dirigió á los diputados, sorprendente por el conocimiento que revelaba de la situación de la República, la abundancia de las ideas y el vigor de los razonamientos, se esforzó en demostrarles que la geografía, la historia y las costumbres de su país les imponían «la diversidad de gobiernos.» Cada cantón debía tener su constitución particular y gobernarse á su arbitrio; respecto al poder central, las recientes discordias habían patentizado sus inconvenientes y era preciso reducirlo al minimum, ya que no anularlo.

En estos principios fundamentales inspiróse la llamada «Acta de mediación», que Bonaparte entregó á los plenipotenciarios suizos el veinticinco de Febrero de mil ochocientos tres, y que ellos aceptaron, convencidos de la imposibilidad de resistir. En la nueva Constitución se restauraba, con algunas modificaciones, la antigua confederación helvética. Los cantones volvían á ser independientes; se borraban los privilegios y desigualdades que habían subsistido en lo interior de algunos de ellos, y, suprimiéndose las soberanías, se daba á los países vasallos la misma consideración que á los demás miembros de la República. Con esto se elevaba á diez y nueve el número de cantones: los de Appenzel, Glaris, Schwyz, Uri y Untewalden recuperaron sus antiguos «municipios rurales», y Berna, Zurich, Basilea y otros, «los urbanos» que anteriormente les habían pertenecido. Se restablecían el grande y el pequeño Consejo, el uno para la legislación, el otro para el gobierno, confiándose la vigilancia del segundo al *landamman* ó burgomaestre, funcionario de carácter ejecutivo. La Dieta, órgano de la voluntad popular, se componía de un represen-

tante por cada cantón, teniendo los diputados dos votos si los habitantes del cantón que los había elegido pasaban de cien mil, y uno sólo en caso contrario; así es que, siendo diez y nueve los cantones, eran veinticinco los votos de la Dieta, la cual debía reunirse todos los años en Friburgo, Berna, Soleure, Basilea, Zurich y Lucerna alternativamente: sus sesiones duraban un mes. El cantón donde tocaba reunirse á la Dieta era todo el año la residencia presidencial, y su *landamman*, el de la confederación, correspondiendo, por tanto, á este último recibir á los ministros extranjeros, acreditar á los nacionales, convocar las milicias y ejercer los derechos del poder central, que eran muy exiguos. Se fijaba en mil quinientos hombres el ejército permanente, y, además, todo suizo mayor de diez y seis años era inscripto como soldado y tenía la obligación de acudir al llamamiento que se le hiciese para defender con las armas la independencia de la patria. No había de haber en la Confederación más que una sola clase de moneda, ni existir aranceles ni aduanas entre los cantones, sino únicamente en la frontera exterior; la Dieta estaba encargada de aprobar los aranceles, pero cada cantón recaudaría por sí y reservaría para sus gastos lo que cobraba en la parte de frontera general que le correspondiera. Tal fué, en breve síntesis, la nueva organización de Suiza: los cantones ganaron en independencia, pero el gobierno central quedaba harto debilitado para poder resistir en lo sucesivo la menor presión de Bonaparte. Había que nombrar al primer *landamman* de la Confederación, y el General designó para este alto puesto á Luis de Afry, de profesión militar desde sus primeros años y que había estado al servicio de Francia antes del diez de Agosto. Con esto pensaba cerrar la boca á los que persistiesen en declarar comprometida la independencia de Suiza. Fuerza es, sin embargo, advertir que, el veintiuno de Febrero de mil ochocientos tres, día en que Afry tomaba posesión de su cargo, Regnier, gran juez ó ministro de Justicia, recibió la orden de entregarle treinta mil francos. «Esta suma, decía el primer Cónsul, se tomará de los fondos secretos de la policía.» Con la misma fecha escribió á Afry: «He dispuesto que os den la cantidad que habéis pedido. También he mandado que se os restituya la pensión de mil francos que disfrutabais. No perdonaré ocasión de seros agradable.» Júzguese, por tanto, cuál iba á ser la independencia de Suiza. Bien es cierto que, con los delegados, no guardó reserva Bonaparte. «Europa no duda, les dijo, que Italia, Holanda y Suiza están á disposición de Francia;» y en la visita de despedida, añadió. «No consentiré nunca en Suiza más influencia que la mía, aunque me cueste cien mil hombres.» La evaluación era muy modesta, observa con amarga ironía un historiador ya citado: no cien mil hombres, dos millones había de costar á Francia aquella gloriosa mediación.

El Parlamento inglés había reanudado sus tareas el diez y seis de Noviembre. Ney ocupaba ya á Suiza, y estaba reciente la declaración de Bonaparte de que no consentiría intervenir á Inglaterra. El ministerio Addington se veía arrastrado á la guerra á pesar

suyo, y en el discurso de la Corona, no se disimuló con perífrasis ni rodeos la gravedad de la situación. En las esferas oficiales, sin embargo, se acariciaba aún la esperanza de mantener la paz; mas el pueblo la había perdido, y los debates parlamentarios reflejaron el estado de la opinión. El primero que hizo uso de la palabra fué Nelson, el vencedor de Abukir, como el campeón más abonado para recoger el guante que se arrojaba á su patria. «Soy, exclamó, hombre pacífico y me horrorizan los males de la guerra; pero el honor es el más precioso de nuestros intereses: por él nos respetan las naciones del Continente, y sería comprar la paz demasiado cara si nos costase una sola partícula del honor inglés.» Tras de él hablaron, en una y otra asamblea, todos los adversarios del Gabinete, los cuales, con la simple enumeración de los hechos, evidenciaron la constante mala fe del primer Cónsul y lo cándido que era quien fiase en la sinceridad de sus palabras y en la formalidad de sus compromisos. «Bonaparte, dijo Sheridan, ha celebrado un pacto con los franceses, por el cual estos consienten en obedecerle á condición de que les dé el imperio de Europa.» Sólo Fox, el insigne orador, cuya alma grande y generosa seguía enamorada de los ideales proclamados por la Revolución francesa, abogó á favor de la paz, ya que no del ministerio; como otros muchos extranjeros, creía encarnada la Revolución en Bonaparte, y aunque había estado en París recientemente y experimentado no pequeña decepción viendo funcionar de cerca aquel supuesto régimen republicano, todavía se constituyó en defensor de Francia, por más que prodigara menos alabanzas que otras veces al gobierno consular. Su discurso, que aplaudieron mucho sus correligionarios de la Cámara de los Comunes, donde lo pronunció, contestando principalmente á Canning, gustó poco al público en general, y él mismo, en carta escrita á un sobrino suyo hacia aquella época, reconocía que en Londres le acusaban nada menos que de «agente del primer Cónsul,» hecho que por sí solo basta á demostrar cuán grande era la irritación del pueblo inglés, cuyo político mimado había sido Fox por espacio de tantos años. Pitt no tomó parte en esta discusión, ni aun asistió á ella, no queriendo sin duda aumentar con su presencia la angustia del ministerio. Algo se calmaron los ánimos, ya se debiera al eco que el sentimiento público encontrara en las Cámaras, ya á la actitud más decidida adoptada por el Gabinete, y como en aquellos días llegase á París lord Whitworth, embajador de Inglaterra, y á Londres, Andreossy, que lo era de Francia, los dos fueron recibidos en las respectivas capitales con calurosas demostraciones de benevolencia y cortesía. En Inglaterra se deseaba la paz, siempre que no se hiciera incompatible con la dignidad de la nación, y en cuanto á Bonaparte, puede considerarse aquel momento como el más crítico de su pasmosa carrera, habiendo de depender del camino que eligiese su suerte futura. Aun estaba á tiempo de refrenarse, de moderar sus ímpetus, de detenerse en la pendiente; pero si, en lugar de esto, se abandonaba á la fuerza que hasta entonces le había impulsado á correr sin descanso tras nuevas y mayores grandezas, era lo natural que, em-

peñado en la persecución de una quimera, acabara por ser juguete y víctima de sus locas imaginaciones. Iba á fijar su destino con la decisión que tomase en las actuales circunstancias, y quizás presintiéndolo así, cortó de pronto el diálogo amenazador que sostenía con la diplomacia inglesa. La tregua, no obstante, fué de escasa duración. A fines de Enero de mil ochocientos tres, Talleyrand, á instancias del primer Cónsul, interpelaba otra vez al embajador inglés con motivo de los ataques de la prensa británica, á lo cual respondió lord Whitworth que los periódicos de Francia, nada tenían que echar en cara á los de su país en punto á violencia de lenguaje: afirmación que era absolutamente cierta, como consta á nuestros lectores. En seguida, puso Talleyrand sobre el tapete la cuestión de Malta. Inglaterra se manifestaba dispuesta á evacuar esta isla tan pronto como la Orden se reorganizase y Rusia aceptara las condiciones establecidas en el tratado de Amiens; pero, tres días después de la entrevista del ministro francés con Whitworth, sobrevino un acontecimiento que cambió repentinamente las ideas del ministerio Addington. El treinta de Enero, en efecto, publicó el *Monitor* la memoria en que Sebastiani exponía los resultados de su viaje á Oriente. Ocupaba el tal documento ocho columnas del periódico oficial, y contenía una descripción minuciosa de los recursos de aquellas comarcas del estado de los puertos, arsenales y fortificaciones, de la situación económica del país, de la disposición de los jeques respecto á Francia, de las fuerzas inglesas y turcas que allí había; en una palabra, de cuanto convenía saber para intentar por segunda vez la conquista de Egipto: empresa que «podrían llevar hoy á feliz término seis mil franceses,» afirmaba el autor á manera de conclusión. He ahí el escrito que los historiadores de la nación vecina han convenido en llamar *informe comercial* del coronel Sebastiani. Su aparición causó en Inglaterra el efecto de un cartel de desafío; y el gobierno, arrastrado por el clamoreo público, tuvo que renunciar para siempre á su sistema de conservar la paz á cualquier precio. Se le habían pedido explicaciones; pero en lugar de darlas, fué él quien las exigió de publicación tan agresiva, y lejos de excusarse por no haber evacuado á Malta, preguntó á la República las razones que tenía para seguir ocupando á Holanda, Suiza y el Piamonte; pues el tratado de Amiens estribaba en el *principio de las compensaciones*, y la adquisición de nuevos territorios por alguna de las partes daba derecho á la otra á reclamar aumentos proporcionados.

Aunque saltaba á la vista que el sistema de la amenaza era contraproducente, Bonaparte no desistió de él, si bien decidióse á reforzarlo con el de la persuasión, empleando, en una conferencia personal que tuvo con lord Whitworth, todo el poder de seducción que debía á su genio, para convencerle de la justicia con que se quejaba de la permanencia de los ingleses en Malta y Alejandría, de la impunidad de la prensa británica, de la protección concedida en Londres á Jorje y los demás refugiados. Después, entregándose á uno de aquellos monólogos frecuentes en él, discutió consigo mismo, en presencia de